

la vida religiosa (VR). Ya publicó un extenso volumen de concordancias sobre la exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata* (LEV 2003), así como dos estudios con abundante material estadístico sobre la evolución de los institutos religiosos masculinos (Rogate 2007) y femeninos (LEV 2008) de derecho pontificio.

Precisamente la sana preocupación por la VR es lo que ha alentado este amplio libro. En castellano contamos con 170 páginas más (57), que la segunda edición italiana de esta obra, también traducida al inglés. En su prólogo (7-14) el Cardenal Rodé ofrece una síntesis de los aspectos fundamentales: Cristo es el centro de la vida de los religiosos. Ésta se caracteriza por ser una *apostolica vivendi forma*, tal y como ya propuso el Concilio (esp. LG 44 y 46) y recogió VC 93-94.

El autor nos propone como concepto nuclear el de «forma de vida». Primero de Cristo, que fue formado por el Padre y el Espíritu con su propia cooperación activa. El cual, a su vez, transmitió esta forma de vida a los discípulos, en especial a los Doce. La VR representa la continuidad en la Iglesia de esta forma de vida, gracias a la acción conjunta de Cristo y de la Trinidad. Así se ha propuesto en los documentos conciliares y postconciliares del magisterio, que suponen una guía segura, pues muestran el valor, la fundamentación evangélica y la singularidad de este modo de vida que «imita más de cerca» el de Cristo y su Madre. El autor apunta que la única salida de la «crisis» de la VR tras el Concilio radica en la recuperación sin complejos de su identidad, partiendo de la formación misma.

A lo largo del libro se presenta la cristología que fundamenta esta forma de vida, que queda resumida en una serie de 26 gráficos (655-682), en los que se incluye un análisis de la evolución de la VR. Los dos primeros capítulos estudian en fundamento bíblico de la VR, teniendo presentes los documentos del magisterio. Después centra su atención en Cristo (cap. III), su propio itinerario formativo (cap. IV), así como su labor de formador (cap. V). Por último, se leen todos los documentos del magisterio sobre la VR desde la perspectiva de la configuración con Cristo (cap. VI).

Esperamos que este volumen, en el que se profundiza en el fundamento bíblico de la VR y se recoge con nitidez la identidad de la misma propuesta por el magisterio, sirva de ayuda para fortalecer y orientar los procesos de formación y, con ello, todos los institutos de vida consagrada.—GABINO URÍBARRI, S.J.

MARTÍNEZ DE TODA, J., *Los años riojanos de Iñigo de Loyola* (Universidad Católica Andrés Bello, Caracas 2010), 262p., ISBN: 978-980-244-146-5.

La personalidad y la peripecia vital del fundador de la Compañía de Jesús pueden ser actualizadas y revisadas desde diversos rincones geográficos. En primer lugar, por razones cronológicas, están las raíces nativas vascas en la histórica villa de Azpeitia que guarda la casa-torre de Loyola que le vio nacer en 1491; atendiendo a su dimensión espiritual, hay que mirar hacia tierras catalanas para contemplar a aquel hombre, cuando ya frisa los 30 años de edad, en su andar peregrino por Manresa y Montserrat, en esa profundización mística asociada a las eximias ilustraciones a orillas del río Cardoner. En el entretiem po han transcurrido sus años juveniles con las raíces

castellanas de su formación humana, cultural, cortesana y profesional, sobre todo, en el decenio de mocedad que transcurre entre 1507-1517 en Arévalo, a donde aquel joven vasco había llegado con quince años. Esta década de vida cortesana en Castilla, lejos de conocer un final feliz, un futuro prometedor, que le hubiera lanzado a la carrera administrativa de corte, concluyó con una profunda amargura, con un estrepitoso fracaso, pues su gran protector, Juan Velázquez de Cuellar, contador mayor del rey, mayordomo del palacio real de Arévalo, ha caído en desgracia, falleciendo en Madrid en agosto de 1517. Su esposa viuda, María de Velasco, entrega a Iñigo de Loyola 500 escudos y dos caballos, junto con una recomendación para uno de los nobles más poderosos de Castilla, Antonio Manrique de Lara, duque de Nájera y virrey de Navarra. En estas circunstancias inicia una caminata hacia tierras de La Rioja. A diferencia de otras ocasiones en las que había retornado a Azeiteia no tomaba el camino acostumbrado hacia el monasterio de Oña —para visitar el sepulcro de su patrono, S. Iñigo—; esta vez tomó en Burgos la ruta hacia Belorado y Santo Domingo de la Calzada para entrar en Nájera y Navarrete.

Allí, a las órdenes de D. Antonio Manrique de Lara, transcurren entre 1517 y 1521 los años riojanos de Iñigo de Loyola, donde más que soldado es gentilhomme, es decir, un cortesano de confianza al que se pueden encomendar misiones delicadas, tanto estratégicas como diplomáticas. Iñigo sirvió al duque de Nájera en esos años decisivos de 1517 y 1521, marcados por el desencanto castellano ante el nuevo rey, la protesta antinobiliaria de las Comunidades, y el ataque francés a Navarra, donde no faltaban descontentos por su reciente anexión a la corona de Castilla. Aquí se sitúa el punto focal del libro de José Martínez de Toda. Aunque su actividad profesional haya estado centrada en los Medios de Comunicación social, profesor de esta materia durante años en la Universidad Gregoriana de Roma, no ha regateado esfuerzos para indagar en los archivos y hurgar en los pliegues de la historia que vinculan a Iñigo de Loyola con La Rioja.

El libro que presentamos se nutre y viene a prolongar esa línea de estudios centrados en la azarosa juventud de S. Ignacio. En este sentido, divulga y desarrolla, entre otros, los estudios de Pedro de Leturia (*El gentilhomme Iñigo de Loyola en su patria y en su tiempo*), de Luis Fernández (*El hogar donde Iñigo de Loyola se hizo hombre; Los años juveniles de Iñigo de Loyola*), de F. Borja Medina (*Iñigo López de Loyola: probable estancia en Sevilla (1508 y 1511) y su reflejo en los Ejercicios; Vivencias de Iñigo de López de Loyola en la corte del Rey Católico y su reflejo en los Ejercicios*), de Rogelio García Mateo (*Ignacio de Loyola. Su espiritualidad y su mundo cultural*), de Ignacio Cacho (*Ignacio de Loyola, ese enigma*).

Iñigo de Loyola fijó en su *Autobiografía* una fecha: sus 26 años, para señalar con ella un cambio en su vida. Hasta entonces, según sus propias confesiones había sido «hombre dado a las vanidades del mundo». Aunque la fecha no deja de crear problemas a los historiadores. Ciertamente, cuando sobrevino la tremenda «ruina» de Arévalo en 1517, contaba Iñigo a la sazón 26 años. Algunos han hablado de una especie de «primera conversión»; pero, como es sabido, fue la herida en la defensa de la fortaleza de Pamplona la que le devuelve a su casa natal de Loyola y, salvada la vida casi milagrosamente, empieza el proceso de una profunda conversión. La herida de Pamplona suele fijarse el 20 de mayo de 1521, por tanto, cuando Iñigo de Loyola contaba treinta años de edad. Bien puede decirse que los años riojanos, al servicio del Duque

de Nájera, que le han llevado a Valladolid, a Zaragoza y a Guipúzcoa, son años de una vida disciplinada, que transcurren, no obstante, salpicados de andanzas y actividades cortesananas, militares y políticas, tal y como queda reflejado en los capítulos 3 a 6 del libro, que dan cuenta de la intervención de Iñigo de Loyola en la revolución de los comuneros, la pacificación de los bandos de Guipúzcoa y la defensa del castillo de Pamplona.

Son años de vida más disciplinada, si bien en continuidad con «un grande y vano deseo de ganar honra», con locas aspiraciones a la mano imposible de una dama de estirpe regia. Su fiel secretario Polanco ha dejado escrito: «Aunque era aficionado a la fe, no vivía nada conforme a ella ni se guardaba de pecados, antes era especialmente travieso en juegos y cosas de mujeres, y en revueltas y cosas de armas; pero esto era por vicio de costumbre». De este fondo de contrastes surge la estampa histórica de Iñigo de Loyola, «hombre dado a la vanidades del mundo», «tentado y vencido del vicio de la carne» (Laínez), que cambia empero radicalmente de vida (cap. 8). En este contexto aflora una *quaestio disputata* asociada a aquellos años; me refiero al interrogante acerca de si Ignacio de Loyola tuvo u no una hija, una hipótesis que se ponen en relación con su paso por Navarrete (en 1522) y el texto correspondiente de la *Autobiografía* (n. 13) que dice: «Y cobró los dineros, mandándolos repartir en ciertas personas a quienes se sentía obligado, y parte a una imagen de Nuestra Señor, que estaba mal concertada, para que se concertase y ornase muy bien» (cf. p.163-164). Martínez de Toda ya había estudiado este asunto en dos trabajos previos: uno, sobre «El apellido Loyola en La Rioja del siglo XVI» [Manresa 73 (2001) 65-94], y, otro, «María Villarreal de Loyola, ¿presunta hija de Iñigo de Loyola? (Los Loyola de La Rioja del siglo XVI)» [Archivum Historicum Societatis Iesu 75 (2006) 325-360], donde desbarata la hipótesis de la hija de S. Ignacio. Hay otro aspecto que también toca el libro, y son los primeros escauceos de la Compañía de Jesús en La Rioja. Dada la familiaridad de Iñigo de Loyola con esta región, se entiende que hubiera un rápido florecimiento, esto es, frutos maduros de aquellas incipientes semillas. Fue el ex duque de Gandía, Francisco de Borja, entonces ya comisario o superior de la Compañía en España, quien escribe en febrero de 1559 al P. General, a la sazón Diego Laínez, para que se abra colegio en Logroño.—S. MADRIGAL.

GONZÁLEZ MONTES, A., *Imagen de Iglesia. Eclesiología en perspectiva ecuménica* (BAC, Madrid 2008), 679p., ISBN: 978-84-7914-934-5.

Al nombre del autor de este libro, Monseñor Adolfo González Montes, va vinculada la edición en lengua castellana de la colección más importante de documentos ecuménicos del tiempo postconciliar, los dos volúmenes que componen el *Enchiridion Oecumenicum*. Es un dato significativo para percibir anticipadamente el alcance de este libro *Imagen de Iglesia. Eclesiología en perspectiva ecuménica*. Estamos ante una recopilación de estudios, como confiesa el autor, al presentar la bibliografía general: «La obra presente se ha podido confeccionar gracias a los materiales que han anticipado su contenido y le han servido de tejido para dar articulación a esta eclesiología ecuménica» (p.XXXIX). De hecho, el volumen recoge 23 trabajos firmados por el